

Orientador del Continente

EMETERIO S. SANTOVENIA*

Un Centenario.

América ingresó por etapas en el mundo occidental. En los siglos XV y XVI, a través de los descubrimientos geográficos, de tan enorme importancia en lo económico y lo social. Desde el mismo siglo XVI, por su participación en la comunidad internacional bañada por el Atlántico. En el siglo XVIII, por la independencia de las colonias angloamericanas. En el siglo XIX, por la emancipación de los pueblos hispanoamericanos. El último de todos estos sucesos no se limitó a ser una mera guerra civil o el simple hecho de extinguir una incómoda tutela. Su extraordinario alcance no provino de las acciones bélicas ganadas por los libertadores, sino de las ideas y los procederes que algunos de sus grandes hombres introdujeron en las nuevas repúblicas.

Francisco de Paula Santander fue uno de los hombres que depararon personalidad destacada a los pueblos latinos de América al advenir éstos a la independencia. No fue un peleador más. Lidió, sí, en los años de lucha sangrienta. Pero alentó la preocupación creadora.

* Escritor e historiador cubano. Dejó una obra de ensayos acerca de varios próceres y hombres de relevancia en el continente.

Comprendió que lo esencial de su oficio público —el oficio público de dar nueva existencia a una sociedad y solidar sus instituciones— dependía de lo que en él hubiese de fundador. Y fue fundador para largo tiempo.

Los años de su existencia no llegaron a integrar media centuria: nació el 2 de abril de 1792 y murió el 6 de mayo de 1840. Pero vivió lo suficiente para ahondar en un duro menester: el gobierno de un pueblo. Tuvo la estatura requerida para tan encumbrado empeño. Y enseñó cómo se asiste al nacimiento de una nación y cómo se la hace digna de los desvelos y sacrificios de sus forjadores.

El centenario de la muerte de Santander moviliza las voluntades americanas para recordar su obra de fundador. El gobierno de Colombia ha estatuido actos oficiales y populares en toda la nación para honrar dignamente la memoria del prócer que modeló su fisonomía civil. Pero no va a consolidar sólo en esto el homenaje de América a Santander: el homenaje de América a Santander tiene que manifestarse en el enjuiciamiento de sus ideas y conducta. Sus ideas incrementaron valores morales. Su conducta robusteció las instituciones a cuyo advenimiento él contribuyó con su mente y su brazo.

El Estadista

Santander tenía sólo diez y ocho años cuando se inició en el servicio público. Servicio público fue para él la lucha armada contra la soberanía de España en Nueva Granada. Su corta edad no lo privó de madurez. Su pensamiento y su acción se aunaron y lo elevaron a la categoría de hombre útil y responsable.

El caraqueño Simón Bolívar sintió la necesidad de batallar por la emancipación de su país y de los países vecinos. Tuvo la excelente fortuna de encontrar seguidores dignos de él dondequiera que los buscó. En la Nueva Granada contó entre sus discípulos y colaboradores a Santander. Santander llevaba en sí alientos semejantes a los que permitieron a Bolívar alcanzar el título de Libertador. Bolívar fue el Libertador; conmovió a muchedumbres de hombres y precipitó la revelación de pueblos. Santander no fue el Libertador, pero fue libertador: sirvió de manera insigne a su patria, le dio nueva organización política y echó en el seno de ellas las bases de un ordenamiento jurídico llamado a hacer escuela en América.

Santander fue en su patria y por sus contemporáneos alzado sobre el paves. En la esfera militar llegó a general. En la actividad civil desempeñó las funciones de Vicepresidente y Presidente de la Nueva Granada. El estadista se manifestó ampliamente así en el guerrero como en el rector de la administración pública. Organizó la victoria, y jamás abandonó su vigilancia.

Ser lugarteniente y émulo del Libertador fue tarea imposible para quien no reuniese en sí elevadas condiciones de mente y carácter, Santander estuvo ampliamente dotado de ellas. Su acción no quedó limitada a Nueva Granada. La magna concepción política que tuvo expresión geográfica en Colombia —en la Gran Colombia— lo contó entre sus conductores. La vida y pasión de esa concepción política, una de las más atrevidas y gloriosas de la América que salía del régimen colonial, mucho tuvieron que ver con la vida y pasión de Santander. La historia de la Gran Colombia y la biografía de Santander son páginas concurrentes a la exaltación de los mejores empeños consumados en pos del ascenso humano tanto en lo material como en lo espiritual.

La causa de América

La independencia global de la América de habla española puso a prueba la capacidad de sus propulsores. No se halló en juego únicamente la suerte de uno o más países, sino la de todos los que constituían el imperio colonial hispánico en el Nuevo Mundo. Sin amplitud de criterio y sin clara percepción de las cosas, no era posible contribuir a dar rango histórico al suceso de la emancipación americana. Santander respondió cumplidamente a la demanda. No se destacó sólo como colombiano: fue también hombre de América.

Este libertador de Nueva Granada puso su atención en medio mundo americano. Conjuntamente con su patria concurren Venezuela y el Ecuador a integrar a Colombia: Bogotá tenía un brazo en Caracas y el otro en Quito. Las tres grandes secciones del cuerpo político ideado por Bolívar entraron directa e intensamente en el cuadro de los cálculos y meditaciones de Santander. Una apretada convivencia se abrió paso entre los pueblos hispanoamericanos en su primer período creador. Santander vivió este fenómeno político-social, y lo estimuló, y lo amó, y lo ayudó en cuanto estuvo al alcance de sus potencias espirituales.

Más allá de las tierras del Ecuador había otras que luchaban por causa análoga a la que mantenía armado al separatismo colombiano. Libertadores salidos de Caracas, Bogotá y Quito, también lo fueron del Perú y Bolivia bajo el rectorado de Bolívar. Los nexos oficiales y privados entre Bolívar y Santander se estrecharon en contacto con la necesidad de ensanchar el área de la independencia hispanoamericana. Santander reflexionó en torno a la urgencia de auxiliar a pueblos situados más al sur, y padeció ante la sospecha o la certidumbre de que peligrase el logro de su independencia, y permaneció atento a la satisfacción de las demandas que de allá partían, y experimentó el dulce gozo de ver triunfantes en las riberas del Pacífico las lanzas empuñadas en las costas del Atlántico.

La cuestión de Cuba

Existían aún otros pedazos de suelo americano que no podían ser indiferentes a la previsión del hombre de América y del hombre de Estado que fue Santander. Bajo el dominio español seguían Cuba y Puerto Rico. Estas Antillas, convertidas en baluartes y graneros de España, encerraban la mayor amenaza contra la estabilidad de las repúblicas hispanoamericanas en 1825 y 1826. Bolívar puso en ellas su pensamiento con reiteración y con fines al parecer disímiles.

(Mucho se ha escrito en torno a las premeditaciones del Libertador acerca de Cuba y Puerto Rico. Una leyenda muy difundida y todavía no desechada, a pesar de que la verdad histórica la contradice, ha venido presentando a Bolívar como un ideólogo enamorado del plan de precipitar la emancipación de ambas islas. En un libro mío, "Bolívar y las Antillas Hispánicas", Madrid 1935, elucidé las dudas existentes sobre negocio público de tanta importancia. El Libertador contempló la situación política de Cuba y Puerto Rico, con criterio de estadista y con ánimo de eliminar el grave peligro que entrañaba para la seguridad de Colombia el hecho de que España continuase siendo fuerte en estos restos de su imperio colonial).

También Santander sintió la necesidad de una acción ecuménica. Dedicó hondas reflexiones al plan de colocar a España en la imposibilidad de utilizar las importantísimas bases militares que eran Cuba y Puerto Rico. Sus intenciones y proyectos enfocaron la urgencia de reasegurar la independencia de Tierra Firme más que el trámite de libertar a ambas islas o a cualquiera de ellas. Tal fue su postura en la cuestión de Cuba.

Calibró el riesgo que para Colombia entrañaba la acumulación de armamentos españoles en Cuba. Los juicios que con Bolívar cambió respecto de este asunto pusieron en claro la trascendencia de su colaboración con el Libertador en negocios graves. Bloquear La Habana en combinación con México, batir en aguas cubanas a la flota española, impedir que las armas hispánicas saliesen de Cuba para hostilizar las costas de Colombia, invadir la isla para mantener la guerra aquí, y no en el continente, y hasta ofrecer la sensación de que se precipitaría la lucha de las Antillas por su independencia: hé ahí las distintas soluciones que concibió y alentó Santander para enervar la acción de España contra Colombia. El estadista, y no el ideólogo, habló cuando él expuso pensamientos y planes en los que fue envuelto el nombre de Cuba, cuya posición excepcional, en uno de los cruceros del mundo y en la vecindad de la patria colombiana, pobló de temores y siniestros presagios el cerebro de este hombre de América.

El Hombre de las Leyes

En Santander se exhibió plenamente el concepto de la responsabilidad privativa de los hombres superiores. Contribuyó a fundar una República y se erigió en el principal de sus custodios. Ayudó a organizar políticamente a su país, y no olvidó que este servicio lo mantenía obligado a prestar otros no menos trascendentes. Quiso que su patria viviese al amparo de su ordenamiento jurídico por todos acatado, y merecidamente recibió un nuevo apellido: el hombre de las leyes.

Consideró honroso para él ser víctima de las leyes y de los principios sociales. No optó, como Mirabeau, por perder la nación para salvar los principios. Por el contrario, quiso salvar los principios para salvar la nación. Tácticas políticas hubo en su tiempo, como en todos los tiempos, pero él no subordinó la ética política a táctica política alguna. Tuvo acendrada fe en el triunfo de sus ideales, a los que se mantuvo enteramente fiel. Creyó en la victoria de sus virtudes, y creyó en sí mismo.

Su vida pública se produjo con arreglo a una escala de valores humanos. Colombia fue hecha república en el recio combate contra la arbitrariedad y la usurpación, y ni arbitrariedad ni usurpación debían tener cartas de naturaleza en la Colombia por él regida. Rotundamente se negó a admitir que las leyes fundamentales fuesen inexorables para con los débiles y benignas para con los poderosos.

Su ideario quedó sintetizado en unas cuantas palabras, estampadas en una carta íntima: él no cooperó a la independencia de su país para que los colombianos quedasen representando la escena infame y peligrosa de someterse al poder del más fuerte, a despecho de las leyes y de las autoridades legítimas de la nación.

El hombre de las leyes supo del dolor de los incomprendidos. Su patria no pudo estar libre de las conmociones inherentes a la consolidación del Estado. Y él padeció bajo el señorío de malas pasiones. Pero, aun en los peores trances, la entereza de su carácter y la buena ley de su espíritu se sobrepusieron a las ajenas impurezas y defecaciones.

América —América no menos que Colombia— es legítima heredera del caudal de excelentes enseñanzas quedado a la muerte de Santander. Al cabo de una centuria de su muerte, viven aún sus lecciones, inspiradas en el anhelo de exaltar los valores espirituales. La lucha entre la noble fuerza del derecho y el espurio derecho de la fuerza no ha terminado. Hoy, como hace un siglo, es obligatorio reverenciar al hombre de las leyes que, a mayor abundamiento, fue hombre de América.

(La Habana —Cuba—, mayo 5 de 1940).